

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

LA EUROPA ORIENTAL

La cuestión checoslovaca y la situación de Rumania.

La cuestión checoslovaca evidencia actualmente el malestar que reina en ese bloque monolítico que constituían la U. R. S. S. y los países del Este en tiempos de Stalin y de sus inmediatos sucesores. Sin embargo, desde 1962 la disciplinada formación de los satélites había quedado pacíficamente rota por iniciativa de Rumania. Aliada del III Reich en la Segunda Guerra Mundial, Rumania vio en 1946 cómo los aires que hacían soplar las tropas soviéticas de ocupación barrían la monarquía y, por ensalmo, alzaban en su lugar un régimen comunista surgido de «formaciones patrióticas y democráticas». Seguidamente, el tratado de paz de febrero de 1947 entregaba a la U. R. S. S. una Rumania atada de pies y manos en lo económico y políticamente dirigida por Gheorghiu-Dej, que puso el país a la hora de Moscú. Semejantes circunstancias, unidas a su situación geográfica, parecían augurar para Rumania un satelitismo sin remedio. Pero he aquí que el satélite de confianza iba a convertirse en ejemplo a lo vivo de esa motivación económica que entraña todo movimiento histórico para los doctrinarios del marxismo. Porque en 1962 los dirigentes rumanos tomaron conciencia del potencial económico de su país y, sacando las consecuencias prácticas del hecho, al año siguiente, durante la reunión del COMECON, se opusieron rotundamente a aplicar a Rumania los planes de desarrollo previstos por la U. R. S. S., por estimarlos perjudiciales para sus intereses nacionales.

Así inició Rumania el camino de su emancipación de la tutela soviética. Este camino le ha permitido tener crecientes contactos con el mundo occidental, sin enfrentarse o romper con el oriental, y hasta conservar relaciones con Pekín, pese a la agria disputa chino-soviética. La delicada maniobra de despegue emprendida por Gheorghiu-Dej la prosigue, desde 1965, su sucesor Ceaucescu, quien, en mayo de 1966, ha formulado la doctrina del «comunismo nacional», hecho totalmente nuevo en el marco del comunismo internacional, al extremo de que ni siquiera el discoloro titismo se presentara con este rótulo.

La situación de autonomía de Rumania, rayana con el pleno goce de su soberanía nacional, pudo parecer muy amenazada a raíz de la invasión de

LIUDPRANDO

una Checoslovaquia que se desmandaba, invasión en la que no participaron las Fuerzas rumanas. Sin embargo, la gravedad del traumatismo provocado en el mundo y en el propio comunismo por esa ocupación, se impone como una garantía de que Rumania quedará a salvo de toda acción punitiva enmascarada por la doctrina de la soberanía limitada. Por ello, Rumania puede seguir yendo a su aire de «comunismo nacional», en que a veces el comunismo le cede el paso a lo nacional. Es decir, que sin enfrentarse con Moscú, puede mantener contacto con Pekín; defender sus intereses específicamente rumanos en el COMECON; formar parte del Pacto de Varsovia y negarse a que sus fuerzas intervengan en eventuales conflictos fronterizos con China; dirigir un telegrama de felicitación a Mao Tse-tung con motivo del IX Congreso y, al mismo tiempo, enviar su Ministro de Asuntos Exteriores Manescu a Moscú para dialogar cordialmente con Gromyko. Más que su habilidad—con ser innegable—protege a Rumania la desventura de Checoslovaquia, problema que, al cabo de ocho meses de ocupación, no ha logrado resolver la U. R. S. S., ello a pesar de las maniobras militares que multiplica en torno y dentro del país y cuya finalidad política es tan incuestionable como ineficaz.

EL CERCANO ORIENTE

Los refugiados palestinos y los Gobiernos árabes.

La intensa actividad diplomática originada por el conflicto del Oriente Medio persigue un doble y contradictorio objetivo: dar satisfacción a los Estados árabes, singularmente a Jordania y la R. A. U., perjudicados en sus territorios por la guerra de junio de 1967, y garantizar más que en el pasado la existencia de Israel. De hecho se busca la cuadratura del círculo, dado en particular el empeño de Tel-Aviv en tratar directamente con los árabes, quienes se niegan a aceptar esta modalidad de negociación de paz. Su actitud no es fruto de una tozuda intransigencia ni de la ceguera política. Es que los Estados árabes no ignoran que, junto a ellos, fiscalizando las jugadas de la partida que desde 1948 los enfrenta a Israel en el tablero del Oriente Medio, está el millón y medio de palestinos en los campos de refugiados de las naciones hermanas.

Confiados primero en la O. N. U., seguidamente en la fuerza de la unidad árabe, defraudados en sus esperanzas de que otros pusieran término a su drama, a partir de 1956 los refugiados empezaron a tomar conciencia de que eran una nación privada de su suelo patrio. Semejante toma de conciencia se reflejó en la creación, a hurtadillas de los Estados que les daban asilo, de diversas organizaciones político-militares, que no han logrado constituir un frente unido en el Congreso de El Cairo del pasado febrero. Pero el común denominador que concentra los dispersos esfuerzos iniciales es dar al traste con Israel y establecer en su lugar el Estado árabe nonnato en razón del Mandato británico, a cuya sombra el humilde «Hogar Nacional judío» se convirtió en pujante Estado de Israel. Se impone, pues, que los criterios de las

organizaciones palestinas distan mucho de los sustentados por las cuatro potencias que se conciertan en Nueva York en busca de la paz, tanto como de los formulados por la mayoría de los países árabes. Estos admiten, tácita y expresamente, la pervivencia de Israel, según se desprende de los seis puntos básicos para lograr la paz expuestos por el Rey Hussein en Washington.

Tal discrepancia de fondo es de suma gravedad para los gobiernos árabes, sobre todo para el jordano, en cuyo suelo está afincada la mayoría de los refugiados. Ello explica que los seis puntos no fueran difundidos en Amman. Conocidos por Yassir Arafat, jefe de Al-Fatah, éste se ha trasladado a El Cairo para pedir explicaciones. Entre la espada de Israel y la pared de su opinión pública y de la presión palestina, los dirigentes árabes ven menguar cada día su libertad de acción para lograr la paz sin enfrentarse con sus pueblos. En éstos ha hecho impacto la resistencia palestina, que cuenta con el apoyo decidido de Siria, Iraq y Argelia y ayuda de China. A los gobiernos árabes se les impone ciertamente la necesidad de la paz, pero más perentoria se les aparece la necesidad de resolver en primer término el problema de los refugiados, carga explosiva que amenaza la estabilidad política de sus países. Porque si la resistencia palestina sólo consigue resultados comedidos en lo militar, políticamente sus éxitos son apreciables. Tal pregona la agitación de los árabes que permanecen en territorios ocupados por Israel, aparte de la adhesión de las masas populares de los países hermanos, sensibilizadas por la aureola romántica de los *feddayin*. Admitido con mundial simpatía que se puede recordar y llorar a una patria perdida hace 2.000 años, como era el caso de los israelíes, no cabe asombrarse de la solidaridad popular árabe con quienes recuerdan y lloran una patria perdida hace a lo sumo veintiún años.

Las organizaciones de liberación de Palestina.

Los recientes choques entre el ejército del Líbano y la guerrilla palestina afincada en el territorio de ese país muestran a las claras que al complejo problema árabe-israelí hay que sumar, desde algún tiempo a esta parte, un nada desdeñable factor: el de las organizaciones de liberación de Palestina que, a su vez, constituyen un complejo problema. En efecto, el nombre genérico de guerrilleros, resistentes o *feddayin*—que los israelíes y algunos otros llaman «terroristas», como Napoleón llamara «bandidos» a los guerrilleros españoles—abarca una serie de organizaciones. Su ideología, su dialéctica, sus métodos, jefes y apoyos son diversos, aunque todas están unidas por un objetivo común: liberar el suelo de Palestina.

Entre las más conocidas figura la Organización de Liberación de Palestina, fundada en 1964 con el apoyo de la Liga Árabe. Sus fuerzas armadas, de hecho integradas en los ejércitos árabes, estaban sólo previstas para la guerra clásica. Ese ejército de liberación sufrió un duro golpe en la guerra de 1967 y su jefe, Ahmed Chukeiry, desapareció totalmente del escenario político-militar. Actualmente, el 80 por 100 de sus efectivos más dinámicos figuran en Al Fatah (el Renacimiento), también fundada en 1964. Esta organización

preconiza contra Israel una lucha de guerrilla inspirada en la táctica china contra Japón, ello con independencia del mando militar árabe y, en cierto modo, al margen de los Estados árabes. Para Al-Fatah, la ideología es cuestión secundaria. Sólo importa la voluntad de liberar a Palestina. A tal fin, Al-Fatah acepta ayuda de países «reaccionarios», como Kuwait y Arabia Saudita, lo mismo que de países «revolucionarios», como Argelia y, al parecer, de China Popular.

Habida cuenta de la unidad de objetivo, en el pasado febrero se celebró en El Cairo un congreso de organizaciones palestinas con vistas a la unificación. Esta se logró a medias. Sin llegar a fundirse en una organización unitaria, la Organización de Liberación de Palestina y Al-Fatah acordaron sincronizar sus movimientos bajo el mando del ingeniero Yassir Arafat. Se les unió la Saika, fundada con el apoyo del Baas sirio, si bien no opera desde Siria, sino desde Jordania y, recientemente, desde Líbano. En cambio, las dos ramas del Frente de Liberación y otros grupos siguieron siendo piezas sueltas del mecanismo guerrillero.

En razón de la dirección de organizaciones implicadas en los sucesos del Líbano, ha sido Yassir Arafat, fundador del Al-Fatah, quien ha tratado de negociar con Beirut un *modus vivendi* para las guerrillas instaladas en territorio libanés. Pero desde la represalia israelí del pasado diciembre, la situación interna del Líbano es delicada e inestable y aconseja a sus dirigentes mantenerse a salvo de luchas con el temible vecino. Parte de la opinión pública libanesa discrepa de este criterio, singularmente la juventud. En todo caso, el movimiento guerrillero ni entiende ni quiere entender de prudencia política. Necesita bases operativas y no lo amedrenta la eventualidad de forzar los países árabes a reanudar la lucha armada contra Israel. Por supuesto, éste sería el medio de impedir el arreglo político del problema medio-oriental, que los Estados árabes no rechazan y los «Cuatro» persiguen en Nueva York. Dentro de la lógica revolucionaria que predomina singularmente en la Saika, que originó el primer choque armado con las fuerzas libanesas, antes que pretender liberar a Palestina hay que llevar a cabo la revolución en los países árabes, empezando por los menos revolucionarios. Y todo el mundo está de acuerdo en reconocer que Líbano es nación moderada y pacífica, es decir, menos que poco revolucionaria.

EL ASIA ORIENTAL, CHINA Y SUS VECINOS

La inauguración del IX Congreso del Partido Comunista Chino.

En medio del estruendo de cohetes, tracas y tambores y bajo la presidencia de Mao Tse-tung, el 1.º de abril se ha inaugurado en Pekín el IX Congreso del Partido Comunista de China. Es el primero en que el partido comunista soviético no ejerce su influencia, todavía presente en el VIII, celebrado en 1958, igualmente en Pekín. Por tanto, rompe decididamente con el sistema tradicional de relación del comunismo chino con el soviético.

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

Calificado por *Izvestias* de «asamblea maoista que nada tiene que ver con el comunismo», considerado por los chinos como acontecimiento «trascendental en la historia de nuestro partido», el IX Congreso es, en primer término, una consagración de la victoria de Mao Tse-tung sobre la tendencia representada por el depuesto Presidente de la República, Liu Chao Chi. De otra parte, evidencia que actualmente el Ejército es la armazón de la construcción maoísta. Tal se deduce del destacado lugar que ocupa Lin Piao en el Congreso: inmediatamente después de Mao Tse-tung. En cuanto vicepresidente del partido, Lin Piao ha presentado el informe político o balance de nueve años de poder. Pero Lin Piao es, a un tiempo, jefe del Ejército chino, que aparece como factor determinante de una institucionalización de la Revolución Cultural proletaria iniciada por Mao Tse-tung en abril de 1966 y cuyo éxito se debe al apoyo militar, que permitió la implantación en toda China de comités revolucionarios. Recalca el peso del Ejército dentro del partido comunista chino la presencia entre los 1.512 delegados enviados al Congreso de numerosos militares, de guardias fronterizos y de representantes de las organizaciones paramilitares de guardias rojos. Ello sugiere que el partido que surja del IX Congreso tendrá un cierto estilo combativo que impondrá un renovado impulso ideológico, con un nuevo salto hacia adelante, y acaso un endurecimiento de la política exterior, singularmente en cuanto atañe a la salvaguarda de las llamadas «sagradas fronteras de la patria».

En lo interno, es objetivo del IX Congreso la reconstrucción estructural del partido mediante una modificación de sus estatutos. Se trata de que el Buró político y los 176 miembros del Comité Central, que determinarán la nueva política, puedan actuar en el futuro con más libertad que por el pasado. No obstante, «el aparato» no ha sufrido cambios substanciales: Mao Tse-tung en la presidencia, Lin Piao en la vicepresidencia y Chou En Lai en la secretaría del partido, han sido reelegidos por unanimidad.

En cuanto a lo ideológico con proyección hacia el exterior, se asiste a la machacona invocación del marxismo-leninismo frente al vilipendiado revisionismo de la U. R. S. S. De ahí que sea objetivo fundamental del IX Congreso, que China Popular releve a la U. R. S. S. en la dirección del movimiento revolucionario mundial, lo cual implica «preparar la guerra». Sin excluir el sentido literal de «preparar la guerra» (el esfuerzo atómico chino veda la exclusión), es de señalar que en su discurso de apertura del Congreso, haciendo suya y retocando la fórmula de Clausewitz, Mao Tse-tung dijo: «La política es la guerra sin efusión de sangre; la guerra es la política con efusión de sangre». Es decir, que para el comunismo chino la política y la guerra son aspectos circunstanciales e imposibles de disociar de una sola cosa: la acción revolucionaria. Este es, en síntesis, el programa de futuro de dimensión mundial elaborado por el IX Congreso del partido que acaudilla Mao Tse-tung.

La clausura del IX Congreso del Partido Comunista chino.

Tres largas semanas han transcurrido entre la algarabía de la inauguración y la apoteosis de la clausura del IX Congreso del Partido Comunista de China, partido «que nada tiene que ver con el comunismo nacional ni con el internacional», a juicio de Moscú.

No obstante lo somero de los comunicados sobre los trabajos de ese Congreso, cabe hacer un a modo de análisis de las decisiones tomadas y conocidas. Junto al nombramiento oficial de Lin Piao como heredero del Presidente Mao Tse-tung y la aprobación del informe político que presentó, destaca la adopción de los nuevos Estatutos del partido, cuyo texto se elaboró en el pasado octubre. Tales Estatutos prevén un Comité Central reducido a cien miembros y un «Presidium» de sólo veinticuatro, lo cual entrega la autoridad y el poder a una exigua minoría. Precisamente por ser exigua, puede imponerse con más fuerza y evitar el riesgo de una fragmentación en tendencias. El «aparato» que surge del IX Congreso aparece como algo totalmente nuevo, tanto por su estructura como por su composición. En efecto, en él figuran elementos hasta ahora desconocidos y numerosos militares y guardias rojos que se distinguieron durante la Revolución Cultural iniciada en abril de 1966. Aparte de asegurar el relevo de los viejos dirigentes, este equipo curtido en la lucha revolucionaria remata el desmantelamiento del antiguo «aparato» y la eliminación de los representantes de la línea de Liu Chao-Chi y de Teng Hsiao-ping. Además, da al traste con la organización hasta ahora existente, calcada de la soviética, y a la que Mao Tse-tung reprochaba su tendencia a la burocracia y a la resurrección del mandarinato al socaire del comunismo. De ahí que la Revolución Cultural fuera un llamamiento dirigido a las masas desde la cumbre del partido, prescindiendo de los escalones intermedios. El IX Congreso institucionaliza, pues, la relación directa de la cumbre con la base, que puede apelar a sus jefes supremos, estableciéndose así la dictadura del proletariado.

Todo ello permite vislumbrar que China Popular se dispone a dar un salto hacia adelante en lo interno merced a la creación de un nuevo comunismo: «el marxismo-leninismo-pensamiento de Mao Tse-tung». Hasta ahora, el partido comunista de China le había seguido las pisadas al comunismo soviético, que desbrozó el camino del socialismo. En adelante, aparece la voluntad de establecer una organización genuina, un auténtico estilo revolucionario, nuevas fórmulas de gobierno y un nuevo concepto del Estado. Pero también se vislumbra la ambición de proyectarse al exterior a escala mundial mediante la implantación, allende las fronteras de China, de organizaciones dirigidas por Pekín, que tengan su actividad propia, sus consignas, sus objetivos y sus dirigentes. Se trata, en suma, de crear un comunismo opuesto al llamado «revisionismo» soviético. Las adhesiones de los llamados «partidos marxistas-leninistas», o sea maoístas, que han afluído a Pekín desde todos los puntos del orbe con motivo del IX Congreso, han de facilitar singularmente el logro de este objetivo. En realidad, se trata de grupos reducidos, pero activos. Son peones colocados en el tablero internacional. Sólo están faltos de una mente

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

que haga las jugadas en forma sincronizada y dinámica para que se ponga en marcha un vasto movimiento que, en primer término, será no sólo rival del comunismo soviético, sino susceptible de derrotarlo en el terreno de la acción revolucionaria.

Las relaciones chino-soviéticas después del IX Congreso.

La abundancia de noticias relativas al mundo asequible a la información occidental contrasta con lo poco que se filtra de lo que realmente sucede en el área del marxismo-leninismo en su doble versión: la soviética y la maísta. El hermetismo sobre sus asuntos es regla en la U. R. S. S. y en China Popular. Actualmente, a este habitual hermetismo, se agrega de parte de Moscú el propósito de no dar demasiada publicidad a la disputa con Pekín, que pone de manifiesto la división de la grey socialista, dócil seguidora del pastor moscovita hasta que Mao Tse-tung se desmandara en nombre de la ortodoxia enfrentada con el «social-imperialismo-revisionista soviético», como dicen sus órganos de propaganda. De hecho, más allá de interpretaciones antagónicas de la misma ideología, se ventila un problema fronterizo y, simultáneamente, el liderato mundial de la revolución. La argumentación china, no carente de lógica, persigue este doble objetivo. Estima que un país que ocupa indebidamente territorios arrebatados a China por los zares, mediante Tratados desiguales, no puede representar la revolución proletaria y justiciera, que dará a cada cual lo merecido y a cada nación lo que le pertenece. Pero los chinos no dicen si se proponen devolver los territorios en tiempos conquistados por sus Emperadores.

Los incidentes registrados en el pasado marzo en el río Ussuri y la isla que los soviéticos denominan Damansiky y los chinos Chen Pao, sólo fueron más graves que los muchos incidentes que se vienen produciendo desde hace años en zonas en litigio. Provocaron en la U. R. S. S. y en China una tremenda escalada verbal, oleadas de manifestaciones de masa, y en lo que a Moscú respecta una curiosa gestión diplomática: dar cuenta de lo sucedido a diversas naciones occidentales, entre ellas a la República Federal de Alemania. Poco después, las aguas desbordadas volvieron a su cauce y la U. R. S. S. formuló la propuesta de reanudar las negociaciones sobre los problemas fronterizos, a la que Lin Piao aludió a principios del IX Congreso del Partido Comunista de China, inaugurado el 1 de abril.

Las resoluciones finales de ese Congreso muestran que China no ha modificado su postura en cuanto al problema de las fronteras, sobre el que no contestó a la U. R. S. S. Decidida ésta a una paciencia susceptible de lograr el apoyo de los partidos comunistas representados en el Congreso de Moscú, reiteró su propuesta de negociación el 2 de mayo, por el atajo de una reunión de la Comisión chino-soviética creada en 1951 para estudiar la navegación por los ríos fronterizos, que no se ha reunido desde 1967.

La respuesta china del 24 de mayo evidencia el diálogo de sordos que, ora a gritos, ora a tiros, mantienen Moscú y Pekín. En esencia, China Popular estima que nada tiene que negociar en cuanto a unos ríos que son chinos, ya

que cruzan los territorios chinos, si bien ocupados por los sucesores de «los zares rapaces». Apoyándose en su Ejército Popular de Liberación y en la voluntad de 700 millones de seres humanos, llevados casi a punto de ebullición por una propaganda elemental, violenta y reiterativa, reclama sin más esas áreas—sumamente vastas—«del sagrado suelo de la patria». Es de señalar que, a raíz del IX Congreso, Pekín decidió enviar al campo masas de jóvenes entusiastas de la Revolución Cultural, a fin de desarrollar la agricultura. Casualmente ha sido el desarrollo agrícola de las provincias fronterizas con la U. R. S. S. y la Mongolia Exterior el que ha merecido la singular atención de los dirigentes de China Popular.

Los puntos de paz en Vietnam y la posición de Corea.

El juego político con vistas a la paz en Vietnam anda entre los diez puntos del Gobierno de Hanoi, los seis de los survietnamitas y los ocho del Presidente Nixon. Tangentes e incluso coincidentes en algunos extremos, esos puntos se distancian singularmente en otros. Por ejemplo, cuando se pretende designar al agresor cuya acción ha provocado el conflicto. Para éstos, el agresor es el Vietcong y su aliado norteño; para aquéllos, son los Estados Unidos y el Gobierno saionés de su hechura. Con todo, los ocho, los seis y los diez puntos sumados, contrastados o enfrentados son una base para negociar, es decir, para buscar un común divisor que permita una solución que, pese al más arraigado optimismo, no aparece en estos momentos al alcance de la mano. Pero así como después de muchas cavilaciones se dio con la adecuada forma de mesa para iniciar las conversaciones de París, mejor dicho, el diálogo de sordos propagandísticos de París, ya se dará con la fórmula que ponga término a una sangría y una destrucción que nada resuelven. En efecto, todo bien considerado, las diversas propuestas no difieren en lo esencial. Y eso es lo importante.

Son muchas las consecuencias que se derivarán de la paz en Vietnam, y no sólo para ese país y los Estados Unidos. Cabe adelantar que esa paz será un factor susceptible de modificar el contexto internacional, y no sólo el asiático, con ser profundos los cambios que entraña para Asia, sobre todo la de los aliados de Norteamérica. La U. R. S. S. misma registrará su impacto en el marco de su política asiática, dado en particular la tensión chino-soviética. A este respecto, es de señalar que la enemiga feroz del Gobierno de Pekín a una negociación con «el agresor yanqui» viene decreciendo a medida que se acentúa la tendencia al conflicto en sus fronteras con la U. R. S. S. Ciertamente sigue desaprobando la negociación, pero lo hace con la boca chica. En realidad, sería un alivio para China Popular que considerables fuerzas norteamericanas abandonaran las inmediaciones del vecino Vietnam del Norte. Ello le permitiría concentrar su atención en la frontera con la U. R. S. S. y hacer más caso omiso que en lo pasado de las protestas de Moscú por los incidentes fronterizos e incluso de la nota oficial motivada por la ocupación china de 24 kilómetros cuadrados de territorio de Kazakstán, vecino de la provincia de Sinkiang.

Pero esa conveniencia de la política nacional de Pekín tiene el inconveniente de que frente al tremendismo belicoso triunfaría la «línea soviética», orientada a no negarse a la paz, aún sin perjudicar a sus protegidos, ni mucho menos. En el orden de la propaganda, ello supondría para la U. R. S. S. un éxito que no dejará de explotar en Vietnam, cuya neutralización persigue, en Pakistán, en la India y tal vez en Japón. Por el atajo político-diplomático y al son asiático de la «coexistencia pacífica» se esforzará en contrarrestar los perjuicios derivados de la hostilidad china.

El viaje a Corea del Norte del Presidente Podgorny ha de considerarse en esta perspectiva. De una parte, pretende mostrar las ventajas de una política que, llegado el caso, no rehuye el conflicto armado, pero controlándolo y manteniéndolo a salvo de todo aventurerismo. De otra, se trata de revigorizar lazos con ese país afín en lo ideológico, pese a la influencia que en él ejerce China Popular, con la que tiene una amplia frontera. Aunque en ínfima extensión, también la U. R. S. S. tiene una frontera común con Corea del Norte, precisamente en la proximidad de uno de los sectores «calientes» de la frontera chino-soviética y de Vladivostok. Es decir, que Corea del Norte es, a un tiempo, uno de los factores de la política asiática a largo plazo de Moscú y un peón de relieve en la partida que está jugando con Pekín.

La situación de Mongolia Exterior.

Entre los países asiáticos afectados por el enfrentamiento chino-soviético, ninguno se encuentra en tan delicada posición como la República Popular Mongolia o Mongolia Exterior. País fronterizo con la U. R. S. S. y con China, con la que limita por tres lados, su situación geográfica es ya de por sí fuente virtual de dificultades. A ello hay que agregar, de una parte, su Tratado de alianza y ayuda mutua con la Unión Soviética y, de otra, las apetencias chinas a que se integre en la vasta federación que reconstituiría la Gran China de antaño. Mucho antes de que la República Popular China modificara radicalmente el panorama político de Asia, Mao Tse-tung se había expresado en este sentido.

Con todo, ese deseo de volver al pasado por el camino del marxismo-leninismo no impidió que más tarde Pekín y Ulan Bator multiplicaran las relaciones de todo género, que se iniciaron formalmente en 1952 con un Tratado de cooperación económica y cultural. Tuvo la virtud de poner término al monopolio de que gozaba la U. R. S. S. en la Mongolia Exterior desde que en 1921 le dio vida teóricamente independiente. De hecho, la Mongolia Exterior, que empezó la existencia en su forma actual siendo el primer satélite soviético, ha conseguido paulatinamente mayor libertad de movimientos merced al contrapeso de la influencia china, que ha provocado los miramientos y las atenciones de la U. R. S. S. Aparte de incluir a Mongolia en el COMECON —es el único miembro asiático de la Organización—, le facilita, junto con sus satélites europeos, una ayuda económica inusitada con vistas a su desarrollo y, por consiguiente, a su fortalecimiento en lo político y lo militar. Incluso ya no coarta el nacionalismo mongol.

LIUDPRANDO

Es que para la U. R. S. S. tiene singular importancia cuanto acaece o puede acaecer en esa zona estratégica que, para ella, es un puesto de observación de primer orden de la China Popular y, además, un país que protege sus industrias del Asia Central en caso de choque armado con China. Lo enojoso para Moscú es que la Mongolia Exterior se le impone a Pekín como la primera línea de defensa el Noroeste. De esta consideración de teoría estratégica a integrar ese país en el territorio chino, sólo puede haber un paso en la mente de los dirigentes de la China Popular, quienes, por supuesto, no han regateado los esfuerzos más o menos cautelosos para minar el pro-soviético razonado de los mongoles que, en la pugna chino-soviética, han tomado partido por su aliada, aun manteniendo la amistad con Pekín. Alianza ideal para que la Mongolia Exterior pueda salvaguardar su independencia y acaso afirmarla más claramente frente a una aliada que trata de evitar la coerción y fomentar la cooperación en su área de influencia asiática.

Si China impidiera la aplicación por la Mongolia Exterior de esa fórmula ideal, su único amparo y defensa está en la U. R. S. S. La reciente visita del Presidente Podgorny a la República Popular Mongola, a raíz de su visita a Corea del Norte, ha servido para recordar la incuestionable verdad de que la alianza entre esos dos países se asiente en el hecho de que, sin la U. R. S. S., la Mongolia Exterior podría volver sin tardar a formar parte de China, ello por las buenas o por las malas. El ejemplo del Tíbet así lo demuestra.

LIUDPRANDO